

tropas, superior al de las ultimas*. Los Españoles, combatiendo vigorosamente, se apoderaron del camino por el cual se unia el grande de Iztapalapan, con el de Tlacopan, operacion que Cortés deseaba con ansia, para tener libres sus comunicaciones con el campamento de Alvarado. Tomaron, y llenaron varios fosos, y quemaron, y arruinaron muchos edificios, y entre otros uno de los palacios del rei Quauhtemotzin, que era vastisimo, solido, y bien fortificado. De las cuatro partes de la ciudad, tres quedaron aquel dia en poder de los Españoles, y los sitiados se aislaron en Tlatelolco, que por tener alli mas agua el lago, era la mas fuerte, y segura.

Por una señora Megicana, que fue hecha prisionera en el ultimo asalto, supo Cortés el miserable estado de la ciudad, por la penuria de viveres, y la discordia que reinaba entre los habitantes; pues el rei, sus parientes, y una parte de la nobleza estaban decididos a morir antes que ceder, pero el pueblo estaba desanimado, y cansado del asedio. Confirmaron estas noticias algunos fugitivos, que, estrechados por el hambre, vinieron al campamento de Cortés. Ellos lo decidieron a no dejar pasar un dia, sin hacer una entrada, hasta reducir la ciudad, o destruirla.

Volvio en efecto el 25 con su egercito, y se apoderó de una larga calle, en que habia un foso tan ancho, que para llenarlo fue necesario pasar todo el dia. Entre tanto, las tropas demolian todas las casas de una, y otra acera, a pesar de la resistencia de los Megicanos. Estos, viendo a los aliados tan afanados en aquella destruccion, les gritaban: "Arruinad esas casas, traidores, que pronto tendreis el trabajo de reedificarlas." A lo que los aliados respondian: "Asi lo haremos, si salis vencedores, pero mas probable es que vosotros las alceis de nuevo, para que se alojen en ellas vuestros enemigos." No pudiendo los Megicanos reparar tanto daño, hicieron en las calles unas pequeñas fortificaciones de madera, para reemplazar las azoteas, y llenaron la plaza de guijarros, para estorvar el juego de la caballeria: pero los aliados sacaron gran partido de esta estratagema, pues se sirvieron de los guijarros para llenar con ellos los fosos.

En la entrada del 26 se ganaron dos de estos, recién-hechos por los Megicanos, y de considerable anchura. Alvarado por su parte se adelantaba cada vez mas en la ciudad, y tantos progresos hizo, que llegó a ganar dos torres proximas al palacio en que residia el rei Quauhtemotzin: pero pudo avanzar, como deseaba, por la suma

* Dice Cortés que cuando vieron los aliados la fortuna de las armas Españolas, acudieron en tan gran numero a servir en el asedio, que era imposible contarlos.

dificultad que halló en los fosos, y por la tenaz resistencia de los enemigos, los cuales lo obligaron a retroceder, y lo atacaron furiosamente por retaguardia. Cortés, habiendo observado una humarada extraordinaria que se alzaba de aquella torre, y sospechando lo que en efecto sucedia, entró como solia en la ciudad, y empleó todo el dia en reparar los pasos dificiles. Solo le faltaban un canal, y una trinchera para entrar en la plaza del mercado. Resolvio hacerse dueño de aquellos puntos, y lo consiguio, y entonces fue cuando por primera vez, despues de empezado el asedio, se reunieron sus tropas a las de Alvarado, con indecible jubilo de unos, y otros. Entró Cortés con alguna caballeria en aquella gran plaza, y vio en ella innumerable gente, alojada en los porticos, por no haber quedado casas en pie en todo el barrio. Subio al templo, desde el cual observó la ciudad, y vio que solo le quedaba por tomar una octava parte de ella. Mandó pegar fuego a las altas, y hermosas torres de aquel edificio, en el cual, asi como en el templo mayor de Tenochtitlan, se adoraba el idolo del dios de la guerra. La plebe Megicana, viendo aquel gran incendio, que parecia subir hasta las nubes, prorrumpio en las mas amargas demostraciones de dolor. Movido a piedad, al ver el triste estado a que se hallaban reducidos tantos miserables, mandó suspender por todo el dia las hostilidades, y envió nuevas proposiciones a los sitiados: mas ellos respondieron que interin quedase un Megicano con vida, defenderia la patria hasta morir.

Estado deplorable de los Megicanos.

Pasados cuatro dias sin combates, entró de nuevo Cortés en Megico, y encontró una gran multitud de hombres, mugeres, y niños, debiles, macilentos, y casi moribundos de hambre, la cual habia llegado a tal punto, que muchos vivian de yerbas, de raices, de insectos, y aun de las cortezas de los arboles. Compadecido a vista de tantas desventuras, mandó a sus tropas que no hiciesen daño a nadie; pasó a la plaza del mercado, y vio los porticos llenos de gente desarmada, indicio seguro del desaliento del pueblo, y del disgusto con que sufría la obstinacion del rei, y de la nobleza. La mayor parte de aquel dia se empleó en negociaciones de paz: pero viendo Cortés que nada conseguia, dio orden al capitan Alvarado que entrase de mano armada por una gran calle en que habia mas de mil casas, y él, con todo su egercito, renovó los ataques por otro punto. Fue tan grande el destrozo que hicieron aquel dia en los sitiados, que entre muertos, y prisioneros se contaron mas de doce mil. Los aliados se

cebaban de tal modo en aquellas infelices victimas, que ni perdonaban edad ni sexo, no bastando a refrenar su crueldad las ordenes severas del general Español.

Al dia siguiente volvió este a la ciudad, despues de haber prohibido toda especie de hostilidad, tanto por la compasion que le inspiraba la vista de aquellas miserias, como por la esperanza que tenia de que cediese al fin la resistencia. Los Megicanos, viendo venir tan gran numero de tropas, y entre ellas a los subditos que antes los servian, y que ya los amenazaban con la muerte; hallandose reducidos a tan penosa situacion, y teniendo a la vista tantos, y tan deplorables obgetos, pues no podian poner el pie en tierra, sin pisar los cadaveres de sus conciudadanos, desfogaron su rabia en horrendos clamores, y pedian la muerte como el unico termino que podian tener sus males. Rogaron a Cortés algunos de la plebe que se abocase con los nobles que defendian una trinchera, para tratar de convenio. Eran justamente de aquellos que ya no podian sobrellevar los males del sitio. Cortés quiso hablarles, aunque sin esperanzas de conseguir lo que deseaba. Cuando lo vieron venir los nobles, le digeron desesperados: "si eres hijo del sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en el breve espacio de un dia termina su carrera, tardas tanto en poner fin a nuestros males con la muerte? Queremos morir para ir al cielo, donde nos aguarda nuestro dios Huitzilopochtli, para darnos el reposo de nuestras fatigas, y el premio de nuestros afanes." Cortés les propuso varias razones, para reducirlos a la paz, mas habiendo ellos respondido que ni tenian autoridad para aceptarla, ni esperanza de convencer al rei, envió a este con el mismo fin un ilustre personage, que tres dias antes habia sido hecho prisionero, y era tio del rei de Tezcucó. Aunque estaba herido, pasó inmediatamente a Tlatelolco a comunicar su mensaje, pero no se vio otro resultado que el continuo clamor con que el pueblo pedia la muerte*. Algunas tropas Megicanas embestian desesperadas a los Españoles, pero estaban tan debilitadas por el hambre, que era poco el daño que hacian, y demasiado el que recibian de sus enemigos.

Volvió Cortés al dia siguiente a la ciudad, esperando a cada momento que se rindiesen los Megicanos, y sin permitir que se les hiciese la menor ofensa, se dirigió a ciertos personages que guarda-

* Se dijo segun dice Cortés, que cuando aquel personage se presentó a Quauhtemotzin, para hablarle de paz, fue sacrificado por su orden; mas no teniendo este hecho mas fundamento que un rumor vago, no me parece digno de credito.

ban una trinchera, y a quienes conocia desde su primera venida a Megico. Preguntóles por qué se empeñaban tan obstinadamente en defenderse, no siendoles ya posible resistir, y hallandose en tal estado, que con un solo golpe podria esterminarlos a todos. Ellos respondieron que veian ser inevitable su ruina, y que hubieran deseado evitarla: pero no podian, pues solo les tocaba obedecer. Sin embargo, ofrecieron suplicar al rei que aceptase la paz que se le proponia. En efecto, fueron a palacio, y de alli a poco volvieron con la respuesta de que por ser ya tarde no podia venir el rei, pero que al dia siguiente hablaria con Cortés en aquel mismo sitio. Era este el centro de un gran terraplen cuadrado, en que los Megicanos hacian sus representaciones teatrales, como en otra parte he dicho. Mandó Cortés adornar aquel teatro con tapetes, y poner bancos, para celebrar la deseada conferencia, disponiendo al mismo tiempo una buena comida para el rei, y para los nobles que debian acompañarlo. Llegado el dia, envió a decir al rei que lo estaba aguardando: mas Quauhtemotzin respondió, por medio de cinco personages de su corte, que no podia asistir a la entrevista, por hallarse indispuerto, y por que no se fiaba de los Españoles. Cortés los acogió con estraordinarias muestras de amabilidad, comió con ellos, y los volvió a enviar al rei, para suplicarle en su nombre que viniese sin recelo, pues él empeñaba su palabra que la real persona seria tratada con el respeto debido; que su presencia era absolutamente necesaria, y que sin ella nada se podia concluir; y acompañó el mensaje con un regalo de viveres, que era lo mas precioso que podia enviarle. Los nobles, despues de haber hablado largamente de las grandes necesidades que padecian, marcharon a desempeñar su encargo, y de alli a dos horas volvieron con la misma respuesta que antes, y con otro regalo de trages finisimos, que el rei enviaba a Cortés. Tres dias se emplearon en estas negociaciones, sin sacar de ellas ningun fruto.

Terrible conflicto, y horrendos estragos de los Megicanos.

Cortés habia dado orden a los aliados de permanecer fuera de la ciudad por haberle rogado los Megicanos que no les permitiese entrar en ella, durante la conferencia con el monarca: pero viendo ya perdida toda esperanza de negociacion, llamó todas las tropas de su campo, en que habia ciento cincuenta mil hombres, y las del campo de Alvarado, y con todas estas fuerzas juntas atacó unos fosos, y trincheras, que eran las mayores fortificaciones que habian quedado a los Megicanos, mientras Sandoval con su egercito atacaba la ciudad por

la parte del Norte. Aquel dia fue el mas infausto para aquella desventurada poblacion, y en el que mas copiosamente se derramó la sangre Megicana, no teniendo ya aquellos infelices ni armas para rechazar la muchedumbre, y el furor de sus enemigos, ni fuerzas para defenderse, ni tierra para combatir. Las calles de la ciudad estaban cubiertas de cadaveres, y el agua de los fosos y canales teñida de sangre. No se veia mas que ruina, y desolacion, y solo se oian llantos, gritos de desesperacion, y lamentos. Los aliados se encarnizaron de tal modo contra aquella gente miserable, que los Españoles se fatigaron mas en refrenar su crueldad, que en combatir con sus enemigos. El estrago que se hizo aquel dia en los Megicanos, fue tan grande, que, segun Cortés, pasó de cuarenta mil personas, entre muertos, y prisioneros.

Ultimo ataque, y toma de la ciudad.

La intolerable fetidez de tantos cadaveres insepultos obligó entonces a los sitiadores a retirarse de la ciudad: pero el dia siguiente, 13 de Agosto, volvieron a ella, para dar el ultimo asalto a la parte de Tlatelolco, que aun conservaban los Megicanos. Llevó Cortés consigo tres cañones, y todas sus tropas. Señaló a cada capitán su puesto, y les mandó que empleasen todos sus esfuerzos en obligar a los sitiados a echarse al agua acia el punto a que debia acudir Sandoval con todos los bergantines, que era una especie de puerto, circundado por todas partes de casas, y al cual aportaban por lo comun las barcas de los traficantes que asistian al mercado de Tlateloco. Encargóles, sobre todo, que procurasen apoderarse del rei Quauhtemotzin, pues esto solo bastaba para hacerse dueños de la ciudad, y poner termino a la guerra: mas antes de emprender aquel golpe decisivo, hizo nuevas tentativas de negociación. Indujolo a esto, no solo la compasion de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros del rei, y de la nobleza, pues tomando por asalto aquella ultima parte de la ciudad, los Megicanos, privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrian echarlos al lago, para que no cayesen en manos de sus enemigos, o en caso de no hacerlo asi, los aliados, que eran innumerables, y mas practicos en el conocimiento de las casas, y de los usos del pais, se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco o nada dejarian a los Españoles. Volvió pues a hablar desde un sitio eminente a unos Megicanos de distincion, que le eran conocidos, representandoles el extremo peligro en que se hallaban, y rogandoles hiciesen nuevas instancias al rei para que se prestase a la conferencia

tantas veces propuesta, y de la cual solo podria resultar su bien, y el de todos sus subditos: pues si persistia en su designio de defenderse, él estaba resuelto a no dejar aquel dia un solo Megicano vivo. Dos de aquellos nobles partieron a desempeñar su encargo, y a poco rato volvieron, acompañando al Cihuacoatl, o supremo magistrado de la corte. El general Español lo recibió con extraordinarias demostraciones de honor, y amistad; mas él, con aire magestuoso en que parecia querer manifestar cuan superior era a todas las calamidades humanas, "ahorraos, le dijo, el trabajo de solicitar una entrevista con mi rei y señor Quauhtemotzin, el cual está resuelto a morir antes que ponerse en vuestra presencia. No puedo explicaros cuan dolorosa me es esta resolucion: pero no hai remedio. Adoptad las medidas que mas os conengan, y poned en egecucion vuestros designios." Cortés le respondió que fuese a preparar los animos de sus compatriotas, a la muerte que mui en breve debian sufrir. Entretanto habian venido a rendirse a Cortés numerosos tropeles de mugeres, y niños, que procuraban a porfia salvarse de tan extremo peligro, muchos de los cuales, por estar tan debiles, se ahogaban al pasar los fosos. Cortés mandó que no se hiciese mal a los que se entregasen; y no satisfecho con dar la orden, distribuyó varios puestos de Españoles, para que con su autoridad refrenasen la inhumana furia de los aliados: mas a pesar de estas precauciones, murieron a manos de aquellas tropas crueles y sangrientas mas de quince mil personas, entre hombres, niños, y mugeres.

Los nobles, y los militares, que habian abrazado el partido de defenderse hasta el ultimo aliento, ocuparon las azoteas de las casas, y algunas calzadas. Cortés viendo que era tarde, y que no cedian, empleó contra ellos los cañones, y no bastando esto, hizo con un tiro de arcabuz la señal del asalto. En un momento subieron todos los sitiadores, y de tal modo estrecharon a los debiles, y afligidos ciudadanos, que no quedando en la ciudad un solo punto en que pudieran guarecerse de tan innumerable muchedumbre, muchos se arrojaron al agua, y otros se entregaban a los vencedores. La gente principal habia preparado barcas para huir en aquel ultimo trance; Cortés, que habia previsto este designio, dio orden a Sandoval de apoderarse con los bergantines del puerto de Tlatelolco, y evitar la salida de todas las barcas que la intentasen. Apesar de la diligencia de Sandoval, muchas escaparon, y entre ellas, la que llevaba las personas reales. Sabida esta novedad por aquel habil caudillo, mandó a Garcia de Holguin, capitán del bergantín mas veloz, que les diese caza, y así lo

hizo, con tanta oportunidad que en breve las alcanzó, y cuando los Españoles se disponian a hacer fuego contra los fugitivos, estos alzaron los remos, y echaron las armas en señal de rendirse. En la mayor de las piraguas estaban el rei de Megico Quauhtemotzin, la reina Tecuichpotzin su esposa, el rei de Alcolhuacan Coanacotzin, el de Tlacopan Tettlepanquetzaltzin, y otros personages. Abordó el bergantin, y el rei de Megico, adelantandose acia los Españoles, dijo al capitán: "Soi vuestro prisionero, y no os pido otra gracia, sino la de que trateis a la reina mi esposa, y a sus damas, con el respeto que se debe a su sexo, y a su condicion," y presentando la mano a la reina, pasó con ella al bergantin. Observando despues que Holguin miraba con inquietud las otras barcas, le dijo que se tranquilizase, pues todos los Megicanos, al saber que su rei estaba prisionero, vendrian gustosos a morir a su lado.

Condujo Holguin aquellos ilustres prisioneros a Cortés, que se hallaba a la sazón en la azotea de una casa de Tlatelolco. Cortés los recibió con tanto decoro como humanidad, y les hizo tomar asiento. Quauhtemotzin le dijo con dignidad: "Valiente general, he hecho en mi defensa, y en la de mis subditos, cuanto exigian de mi el honor de mi corona, y el amor de mis pueblos: pero los dioses han sido contrarios a mi resolucion, y ahora me veo sin corona, y sin libertad. Soi vuestro prisionero: disponed como gustéis de mi persona;" y poniendo la mano en un puñal que Cortés llevaba en la cintura: "quitadme, añadió, la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino." Cortés procuró consolarlo, asegurandole que no lo consideraba como prisionero suyo, si no del mayor monarca de Europa, en cuya clemencia debia confiar, que no solo le restituiria la libertad que desgraciadamente habia perdido, si no tambien el trono de sus ilustres abuelos, que tan dignamente habia defendido, y ocupado. Pero ¿qué consuelo podian proporcionarle estas protestas, ni qué fe podia dar a las palabras de Cortés el que habia sido siempre su enemigo, habiendo visto que no bastó a Moteuczoma haberse declarado su amigo y protector para preservar la libertad, y la corona? Pidió al general Español que no se hiciese mas daño a sus subditos, y este le rogó diese las ordenes necesarias para que todos se rindiesen. Uno y otro fueron prontamente obedecidos. Tambien se dispuso que todos los Megicanos saliesen de la ciudad, sin armas, y sin carga, y segun afirma un testigo ocular, y sincerísimo*, durante tres dias, y tres noches, se vieron las calles llenas de hombres, mugeres, y niños,

* Bernal Diaz del Castillo.

debiles, escualidos, macilentos, que se restituian a sus pueblos. La fetidez que exalaban tantos cadaveres era tan intolerable, que causó alguna indisposicion al general de los conquistadores. Las casas, las calles, y los canales estaban cubiertos de aquellos objetos espantosos*; el piso de la ciudad se halló en algunas partes escavado, por los infelices que buscaban raices para alimentarse con ellas, y muchos arboles estaban sin corteza, que habia servido para lo mismo. Cortés mandó sepultar los cadaveres, y quemar una inmensa cantidad de leña, tanto para purificar el aire, como para celebrar su victoria.

Esparcida por todo aquel pais la noticia de la toma de la capital, prestaron obediencia a Cortés las provincias del imperio, aunque no faltaron algunas, que por espacio de dos años hicieron guerra a los Españoles. Los aliados volvieron a sus casas, satisfechos con la parte que les habia tocado, y con haber destruido una corte cuyo dominio no podian sufrir, y cuyas armas los tenian en perpetua inquietud. No sabian que ellos mismos forjaban las cadenas que debian aprisionarlos, ni conocian que, arruinado aquel imperio, solo debian aguardar las otras naciones, esclavitud y envilecimiento.

El botín no fue tanto como esperaban los vencedores. Las ropas se dividieron entre los aliados. Las piezas de oro, plata, y plumas que por su singular artificio se conservaron enteras, fueron enviadas al emperador Carlos V. Todo el resto del oro que se mandó fundir, apenas llegó a diez, y nueve mil y doscientas onzas † tanto porque los

* "Es verdad, y juro amen que toda la laguna, y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos, y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriba: pues en las calles, y en los mismos patios de Tlatelolco no habia otras cosas, y no podiamos andar, si no entre cuerpos, y cabezas de Indios muertos. Yo he leído la destruccion de Jerusalem, mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé, &c." Bernal Diaz, cap. 156. Estas espresiones de un testigo ocular, sincero, y que nunca exagera sus relaciones, dan alguna idea de aquel horrendo estrago. Yo sospecho que los Megicanos dejaron sin sepultar muchos cadaveres, para incomodar con su fetor a los sitiadores: ni puedo persuadirme otra cosa, sabiendo la suma premura de aquellas naciones en celebrar las exequias de sus difuntos.

† Cortés dice que el oro que se fundió pesaba 130,000 *castellanos*, que hacen 19,000 onzas. Bernal Diaz dice que importó 380,000 pesos, que forman mayor cantidad. Entre los despojos que se enviaron a Carlos V habia perlas de enorme tamaño, joyas preciosísimas, y alajas maravillosas de oro. La nave en que se enviaban cayó en manos de Juan Florin, célebre corsario Francés, y el tesoro pasó a la Corte de Francia, que autorizaba estos robos, bajo el famoso y frívolo pretesto de ser el rei Cristianísimo hijo de Adán, como el rei Católico.

Megicanos echaron una gran parte al lago*, como por que los Españoles, y los aliados procuraron, en el saqueo de la ciudad, indemnizarse secretamente de sus fatigas.

Fue la conquista de aquella ciudad en 13 de Agosto de 1521, ciento, y noventa y seis años despues de fundada por los Azteques, y ciento sesenta y nueve despues de erigida en monarquia, cuyo trono ocuparon sucesivamente once soberanos. El sitio de Megico, comparable al de Jerusalem en desgracias, y estragos, duró setenta y cinco dias, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los doscientos mil aliados que se hallaban presentes, y de novecientos Españoles, mas de ciento. Se ignora el numero de Megicanos muertos, pero segun los datos de Cortés, de Bernal Diaz, y de otros historiadores, pasaron de cien mil, sin contar los que murieron de hambre, o de enfermedad ocasionada por el mal agua que bebían, o de la infeccion del aire, que, segun el mismo Cortés, fueron mas de cincuenta mil. El rei de Megico, apesar de las magnificas promesas del general Español, fue, despues de algunos dias, puesto ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarlo a declarar donde estaban ocultas las inmensas riquezas de la corte, y de los templos †, y de alli a tres años, murio ahorcado por ciertas sospechas, juntamente con los reyes de Tezcucó, y de Tlacopan ‡. Los Megicanos

* Bernal Diaz dice que vio sacar del lago algunas cosas de oro, y entre otras un sol semejante al que envió Moteuczoma a Cortés, cuando este se hallaba en la costa.

† El tormento que se dio a Quauhtemotzin, fue el de quemarle poco a poco los pies, despues de haberselos untado con aceite. Acompañólo, y murio en el tormento uno de sus privados. Bernal Diaz dice que tambien se dio la tortura al rei de Tlacopan. Cortés, a pesar suyo, abrazó aquel indigno, y barbaro partido, por condescender con algunos perversos Españoles, que lo sospechaban de quererse apoderar del tesoro del rei.

‡ Quauhtemotzin rei de Megico, Coanacotzin rei de Acolhuacan, y Tetzlepanquetzaltzin rei de Tlacopan fueron ahorcados de un arbol, por sentencia de Cortés, en Izancanac, ciudad principal de la provincia de Acallan, en uno de los tres dias de carnaval del año de 1525. La causa de su muerte fue cierta conversacion que tubieron entre sí sobre sus desgracias, insinuando cuan facil les sería, si quisieran, matar a Cortés, y a todos los Españoles, y recobrar sus tronos, y su libertad. Un traidor Megicano, para grangearse la gracia de Cortés, le dio cuenta de todo, alterando el sentido de las palabras, y representando como conjuracion tramada, lo que no era mas que un desahogo de la justa pesadumbre de aquellos monarcas. Cortés, que viajaba entonces acia la provincia de Comayahua, con pocos Españoles cansados, y con mas de 3,000 Megicanos, creyó que no le

con todas las naciones que contribuyeron a su ruina, quedaron, a pesar de las cristianas, y humanisimas disposiciones de los reyes Catolicos, abandonados a la miseria, a la opresion, y al desprecio, no solo de los Españoles, si no tambien de los mas viles esclavos Africanos, y de sus infames decendientes, castigando Dios, en la miserable posteridad de aquellos pueblos, la injusticia, la crueldad, y la supersticion de sus antepasados: horrible egeemplo de la justicia divina, y de la inestabilidad de los reinos de la tierra.

quedaba otro arbitrio para evitar el peligro de que se creia amenazado, que el de dar muerte a los tres reyes. "Esta egecucion, dice Bernal Diaz, fue demasiado injusta, y censurada por todos los que ibamos en aquella jornada." Ocasionó a Cortés una gran melancolia, y muchos desvelos. El mismo autor añade que el P. Juan de Varillas, religioso Mercenario, lo confesó, y exortó en el patibulo; que eran buenos Cristianos, y murieron bien dispuestos: pero no hai un solo autor que haga mencion de un suceso tan notable, y tan glorioso como el bautismo de aquellos tres reyes, llenando al mismo tiempo tantas paginas de trivialidades, y frioleras. Torquemada, que trabajó 20 años en la historia de Megico, y que llenó tres enormes volúmenes con pormenores sobre el descubrimiento de las islas de Salomon, las revoluciones de las Filipinas, las persecuciones del Japon, y otras mil especies fuera de proposito, no hace siquiera mencion de la conversion de aquellos monarcas.

DECENDENCIA DEL REI MOTEUCZOMA.

MOTEUCZOMA, IX rei de Megico, casado con MIAHUAJOCITL su sobrina.

D. Pedro Johualicahuatzin Motezuma, casado con Doña Catalina Quauhjo-
chitl, su sobrina.

D. Diego Luis Ihuitemotzin Motezuma, casada en España con Doña Fran-
cisca de la Cueva.

D. Pedro Tesifon Motezuma de la Cueva, I Conde de Motezuma, y de Tula,
y Vizconde de Iluca, casado con Doña Geronima Porras.

D. Diego Luis Motezuma y Porras, II
Conde de Motezuma, &c. casado con
Doña Luisa Jofre Loaisa y Carrillo, hija
del Conde del Arco.

Doña Teresa Francisca Mo-
tezuma y Porras, casada
con D. Diego Cisneros de
Guzman.

Doña Maria Geronima Motezuma Jofre de
Loaisa, III Condesa de Motezuma, &c.
casada con D. Jose Sarmiento de Va-
lladares, que fue virrei de Megico, y
I Duque de Atrisco.

Doña Geronima de Cisneros
Motezuma, casada con D.
Feliz Nieto de Silva, I Mar-
ques de Tenebron.

Doña Fausta Damin-
ga Sarmiento y Mo-
tezuma, IV Conde-
sa de Motezuma,
muerta en tierna
edad en Megico en
1697.

Doña Melchora Sar-
miento Motezuma,
V Condesa de Mo-
tezuma, murio sin
sucesion en 1717,
por lo que recaye-
ron los estados de
Motezuma en Do-
ña Teresa Nieto,
&c. hija del I Mar-
ques de Tenebron.

Doña Teresa Nieto de Silva y
Motezuma, II Marquesa de
Tenebron, y VI Condesa de
Motezuma, &c. casada con
D. Gaspar de Oca Sar-
miento y Zuñiga.

D. Geronimo de Oca y Mote-
zuma, III Marques de Te-
nebron, y VII Conde de
Motezuma, casado con Doña
Maria Josefa de Mendoza.

D. Joaquin de Oca Motezuma
y Mendoza, VIII Conde de
Motezuma, &c. IV Mar-
ques de Tenebron, y grande
de España. (Vivia cuan-
do Clavigero escribió esta
obra.)

Hai en Megico y en España algunas ramas laterales de esta ilustre estirpe.

DECENDENCIA DE HERNAN CORTÉS.

D. FERNANDO, o HERNAN CORTÉS, Conquistador, Gobernador, y Ca-
pitan General de Megico, I Marques del Valle de Oajaca, casado en segun-
das nupcias con Doña Juana Ramirez de Arellano y Zuñiga, hija de D. Car-
los Ramirez de Arellano, II Conde de Aguilar, y de Doña Juana de Zuñiga,
hija del Conde de Bañares, primogenito de D. Alvaro de Zuniga, I Duque
de Bejar. Fue su hijo *

I.

D. Martin Cortés Ramirez de Arellano, II Marques del Valle, casado con
su sobrina Doña Ana Ramirez de Arellano. Fueron sus hijos

II.

1. D. Fernando Cortés Ramirez de Arellano, III Marques del Valle,
casado con Doña Mencia Fernandez de Cabrera y Mendoza, hija de D. Pe-
dro Fernandez Cabrera y Bobadilla, II Conde de Chinchon, y de Doña Maria
de Mendoza y de la Cerda, hermana del Principe de Melito. Tubo D. Fer-
nando un hijo que murio niño. Sucedióle su hermano

2. D. Pedro Cortés Ramirez de Arellano, IV Marques del Valle, casado
con Doña Ana Pacheco de la Cerda, hermana del II Conde de Montalban.
Murio sin hijos, y le sucedio su hermana

3. Doña Juana Cortés Ramirez de Arellano, V Marquesa del Valle, casada
con D. Pedro Carrillo de Mendoza, IX Conde de Priego, Asistente, y Capi-
tan general de Sevilla, y Mayordomo mayor de la Reina Doña Margarita de
Austria. Fue su hija

III.

Doña Estefania Carrillo de Mendoza, y Cortés, VI Marquesa del Valle,
casada con D. Diego de Aragon, IV Duque de Terranova, Principe de Castel

* Ademas del heredero del marquesado tubo el conquistador muchos hijos
legitimos, y bastardos. Los primeros fueron, 1. Doña Maria Cortés, casada con
D. Luis de Quiñones, V Conde de Luna. 2. Doña Catalina, que murió en Se-
villa. 3. Doña Juana, muger de D. Fernando Enriquez de Ribera, II Duque de
Alcala, &c. 4. Doña Eleonora, casada en Megico con Juan Tolosa, Biscaino.
Los bastardos fueron, 1. D. Martin Cortés, Caballero de la orden de Santiago,
hijo de la famosa Doña Marina. 2. Don Luis, hijo de una señora llamada Her-
mosilla, y otras tres hijas de tres Indias nobles.

Vetrano, y del S. R. I. Marques de Avola, y de la Favara, Condestable y Almirante de Sicilia, Comendador de Villafranca, Virrei de Cerdeña, Caballero del insigne Orden del Toison de Oro. Fue su hija unica

IV.

Doña Juana de Aragon, Carrillo de Mendoza y Cortés, V Duquesa de Terranova, y VII Marquesa del Valle, Camarera mayor de la Reina Doña Luisa de Orleans, y despues de la Reina Doña Mariana de Austria, casada con D. Hector Piñateli, V Duque de Monteleone, Principe de Noya, Marqués de Cerchiara, Conde de Borelo, Virrei de Cataluña, Grande de España, &c. Fue su hijo unico

V.

D. Andres Fabricio Piñateli de Aragon, Carrillo de Mendoza y Cortés, VI Duque de Monteleone, VI Duque de Terranova, VIII Marques del Valle, Grande de España, Gran Camarlengo de Napoles, Caballero del Toison de Oro, &c., casado con Doña Teresa Pimentel y Benavides, hija de D. Antonio Alfonso Pimentel de Quiñones, XI Conde de Benavente, de Luda, de Mayorga, Grande de España, &c., y de Doña Isabel Francisca de Benavides, III Marquesa de Javalquinto, y de Villareal. Fue su hija

VI.

Doña Juana Piñateli de Aragon, Pimentel, Carrillo de Mendoza, y Cortés, VII Duquesa de Monteleone, VII Duquesa de Terranova, IX Marquesa del Valle, Grande de España, &c., muger de D. Nicolas Piñateli, de los principes de Noya, y Cerchiara, Principe del S. R. I. Virrei de Cerdeña, y de Sicilia, Caballero del Toison de Oro, &c. Fue su hijo

VII.

D. Diego Piñateli de Aragon, &c., VIII Duque de Monteleone, y de Terranova, X Marques del Valle, Gran Almirante, y Condestable de Sicilia, Grande de España, &c., casado con Doña Margarita Piñateli, de los Duques de Bellosguardo. Fue su hijo

VIII.

D. Fabricio Piñateli de Aragon, IX Duque de Monteleone, y de Terranova, XI Marques del Valle, Grande de España, &c., casado con Doña Constanza Medici, de los Principes de Ortajano. Fue su hijo

IX.

D. Hector Piñateli de Aragon, &c. X Duque de Monteleone y de Ter-

ranova, XII Marques del Valle de Oajaca. Vivía cuando Clavigero escribió su historia, y se casó en Napoles con Doña N. Piccolomini de los Duques de Amalfi.

De Doña Juana Piñateli, y D. Nicolas Piñateli, No. VI, nacieron cuatro hijos, Diego, Fernando, Antonio, y Fabricio, y cuatro hijas, Rosa, Maria Teresa, Estefania y Catalina. 1. D. Diego fue el heredero del Marquesado del Valle, y de los Ducados de Terranova y Monteleone. 2. D. Fernando se casó con Doña Lucrecia Piñateli, Princesa de Strongoli, y su hijo D. Salvador con Doña Julia Mastrigli de los Duques de Marigliano. 3. D. Antonio se casó en España con la hija unica del Conde de Fuentes, y fue su hijo D. Joaquin Piñateli de Aragon, Moncayo, &c. Conde de Fuentes, Grande de España, &c. Embajador de España en las Cortes de Inglaterra, y Francia, y Presidente del Consejo de Ordenes, cuyo hijo D. Luis se casó con la hija unica y heredera de Casimiro Piñateli, Conde de Egmont, Teniente General de los egercitos Franceses. 4. D. Fabricio se casó con Doña Virginia Piñateli, hermana de la princesa de Strongoli, cuyo hijo D. Miguel fue Marques de Salice y Guagnano. 5. Doña Rosa se casó con el Principe de Scalea. 6. Doña Maria Teresa con el Marques de Westerlo, Señor Bohemio. 7. Doña Estefania con el Principe de Bisignano. 8. Doña Catalina con el Conde de Acerra.

CAPITULO ALFONSINA

